

24

Tarik Torres Mojica

Cultura e identidad

**Una aproximación a través de la novela
Oriente, Occidente de Salman Rushdie**



CUADERNOS DE FE Y CULTURA



Fideicomiso

Fernando
Bustos
Barrena SJ

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA
Biblioteca P. Pedro Arrupe SJ
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación

Torres Mojica, Tarik

Cultura e identidad : una aproximación a través de la novela Oriente, Occidente de Salman Rushdie.

1. Rushdie, Salman 1947- . Oriente, occidente. 2. Rushdie, Salman 1947 - Crítica e interpretación. 3. Identidad. 4. Cultura. 5. Civilización. I. t.

PR 9499.3 R8 T677.2007

Norma Patiño Domínguez

Diseño de la colección

José Rafael de Regil Vélez / Tanya Arellano Gómez

Coordinación editorial de la colección

Dirección de Difusión Universitaria, UIA Puebla

Cuidado de edición y composición tipográfica

1a. edición, Puebla, 2007

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Occidente, AC

DR © Universidad Iberoamericana Ciudad de México
(Universidad Iberoamericana, AC)

DR © Universidad Iberoamericana Torreón
(Formación Universitaria y Humanista de la Laguna, AC)

DR © Universidad Iberoamericana León
(Promoción de la Cultura y la Educación Superior del Bajío, AC)

DR © Universidad Iberoamericana Tijuana
(Promoción y Docencia, AC)

DR © Universidad Loyola del Pacífico, AC

DR © Universidad Iberoamericana Puebla
(Comunidad Universitaria Golfo-Centro, AC)
Blvd. Niño Poblano 2901, U. Territorial Atlixcáyotl
Puebla, México.

DR © Fideicomiso Fernando Bustos Barrena SJ

ISBN: 970-9720-31-7

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Prefacio | 7 |
| Introducción | 11 |
| 1. Definición de “cultura” | 15 |
| 2. Cultura e hibridación | 19 |
| 3. La identidad en tiempos de los postestructuralismos | 21 |
| 3.1. La identidad: ese oscuro objeto del deseo | 22 |
| 4. Identidad y exilio | 27 |
| 5. Oriente-Occidente | 31 |
| 5.1. “Oriente” | 32 |
| 5.2. “Occidente” | 34 |
| 5.3. “Oriente, Occidente” | 36 |
| 6. Conclusiones para un tema en constante construcción | 41 |
| Epílogo | 45 |
| Bibliografía | 47 |

PREFACIO

Noemí le dijo entonces: “¿Por qué no te vas también con tu cuñada para que así regreses también a tu casa y a tus dioses?” Rut le replicó: “no me obligues a dejarte, yéndome lejos de ti, pues donde tú vayas, iré yo; y donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios.”
(Rt. 1, 15-17)

Que hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que éstas indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza. haréis bien en guardaros de estas cosas. Adiós
(He. 15, 28-29)

No es algo nuevo el hecho de que los seres humanos, a lo largo de sus historias, se han visto enfrentados a lo diferente, al extraño; en ocasiones, estos encuentros han sido razón de luchas, pero también de regocijos. Por poner algunos ejemplos, en el libro del Éxodo se nos cuenta que cuando los israelitas llegaron a la Tierra Prometida, se vieron enfrentados a un mosaico de pueblos que desde tiempo atrás habían venido habitando el espacio geográfico que Dios les había entregado como herencia; en esa ocasión, el Pueblo de Dios creyó interpretar que su papel debía ser el de purificadores, de conquistadores de estas nuevas tierras, con el fin de establecer de una vez y para siempre el reino de Dios en este mundo; en contraste con las historias de conquista narradas en el Éxodo, en el Antiguo Testamento hay pasajes en los que “lo israelita” se cuestiona, se ve obligado a transformarse en medio de lo distinto y la sensación que

nos queda al leer estos pasajes no es la de una pérdida o traición, sino la de un enriquecimiento de la herencia divina. Una muestra de esto lo podemos encontrar en el libro de Rut, en el que una mujer gentil es testimonio del amor de Dios.

Esta tensión entre lo propio y lo ajeno, entre la tradición y el cambio, la podemos hallar también en el Nuevo Testamento: en el capítulo 15 del libro de los Hechos de los Apóstoles hay una discusión con respecto a si los gentiles conversos a la fe de Cristo deben o no circuncidarse, tal como la ley mosaica había establecido. La asamblea de los Apóstoles y presbíteros, en reunión, decidieron que no era necesario que los nuevos cristianos se circuncidaran, porque, en palabras de Pedro: “Creemos que más bien que la gracia del Señor Jesús es la que nos ha salvado, del mismo modo que a ellos” (He. 15, 11).

La discusión respecto a cuál es la identidad del cristiano, así como búsqueda de los elementos que conforman a diferentes tipos de identidad –nacional, sexual, profesional, entre varias más–, no está clausurada, y menos en los tiempos que nos ha tocado vivir, donde el encuentro o enfrentamiento con lo diverso se nos presenta en nuestro día a día y es origen de conflictos que van desde lo personal hasta lo global y que se expresa a través de varias formas de discurso religioso, político o académico.

A través de los medios masivos de información podemos enterarnos de la existencia de hábitos culturales que, en apariencia, son incompatibles con nuestra manera de entender y vivir este mundo; por lo que vemos a través del cine, la televisión o la internet, por momentos pareciera que la actitud que se nos sugiere es la del dejar hacer y dejar pasar, sin abrir una rendija a la duda, debido a que tanto el Otro como el Yo tenemos el mismo derecho de expresarnos, ser y movernos en el mundo; entonces, cualquier pregunta es vista como intromisión en el derecho que tiene el Otro de ser.

En el extremo contrario, lo diferente, lo que no va de acuerdo con nuestras tradiciones de pensamiento, lenguaje y religión, necesariamente debe transformarse de acuerdo con nuestros

designios o arriesgarse a desaparecer por la fuerza, por ir en contra de lo “justo”, lo “cristiano”, lo “civilizado”, de “lo bueno”.

Los cristianos de hoy, así como los retratados en el libro de los Hechos de los Apóstoles, y al igual que las comunidades judías del Antiguo Testamento, estamos llamados a buscar a Dios a través del diálogo con el mundo en el que nos ha tocado vivir; y dialogar es poner en juego lo que hemos aprendido a través de la tradición de nuestros padres, pero también es buscar en el Otro y lo Otro al Dios creador, siempre desde una postura abierta y crítica que nos permita escuchar lo que nuestro Padre quiere decirnos en la abundancia o el desierto de nuestra existencia.

En varios momentos de la historia se ha criticado el hecho de que el cristianismo ha adoptado actitudes negativas con respecto a la libre circulación de ideas, pero sobre todo con respecto al contacto con otras formas culturales y religiosas. En varios momentos, la fe cristiana ha sido la bandera que ha servido para justificar conquistas, represiones o desapariciones de otros seres humanos y otras culturas; esto no puede negarse y, sin embargo, no puede negarse tampoco el hecho de que la misma fe en Cristo ha sido una luz iluminadora que ha permitido el encuentro, la reconciliación y la construcción de la justicia y la paz.

No puede negarse que cualquier forma de pensamiento, ya sea religioso, artístico o filosófico, puede ser sujeto de manipulaciones y malos entendidos. La fe cristiana no está exenta de este tipo de dinámicas, en los que, por intereses creados o por ignorancia, se resaltan algunos elementos plasmados en los textos sagrados y canónicos, en detrimento de otros. Es por eso importante tratar, en la medida de lo posible, de tener una visión amplia e informada de nuestra fe, del mensaje de amor y reconciliación que está contenida en el Antiguo Testamento y que es confirmada a través del Nuevo Testamento y, más específicamente, en la vida y hechos de Jesús de Nazareth, quien nos llama a amar al prójimo como a nosotros mismos y que es capaz de perdonar desde la cruz, pero que, sobre todo, es testimonio del Amor de Dios en la Tierra.

Nuestra fe cristiana es, pues, una invitación al Otro a entrar en nuestra vida, a comulgar. Parafraseando a San Pablo en su segunda carta a los corintios, el mensaje del cristianismo es no ser los señores de la fe de los demás, sino los compañeros de esa alegría en la que los demás han ido madurando gracias a la fe (2 Cor. 2,1).

La inquietud de tratar de entender qué es la identidad cultural, cómo se conforma, cómo se transforma, cómo estos elementos de búsqueda se ven reflejados en las expresiones artísticas, pero sobre todo, cómo estas expresiones no son ajenas al proceso de conformación de la identidad cultural, me llevó a escribir el presente texto, tomando como pretexto –en el buen sentido del término– el libro de relatos *Oriente, Occidente* de Salman Rushdie, visto bajo la lupa del pensamiento postestructuralista que, si bien es cierto no ha sido el único preocupado en analizar, cuestionar y comprender los procesos de conformación de la identidad cultural, me parece que en tiempos recientes ha tratado de ver con nuevos ojos al desposeído, al marginado, al conquistado y su relación con el poderoso, el protagonista, el conquistador, no desde una óptica simple, bicolor, sino desde una perspectiva compleja, policroma.

Sólo resta, antes de dar paso a los argumentos, dar las gracias a todas aquellas personas que a lo largo de mi vida han estado ahí, de diversas maneras y en diversos momentos, mostrándome que no importando las diferencias en las palabras es posible encontrar al amor de Dios en nuestras acciones, en la construcción constante de nuestras identidades.

INTRODUCCIÓN

La historia cuenta que en 1492 un genovés descubrió una tierra nueva. Cuentan que ese descubrimiento estuvo marcado por el error, al grado que el explorador nombró “indios” a los habitantes del continente recién descubierto. Con el tiempo los errores cometidos de manera intencional o por simple y crasa ignorancia se fueron acumulando: hubo regiones en las que se creyó estarían las Amazonas; se corrieron rumores de que en alguna parte se encontraban las ciudades de oro y no más de uno se extravió en la selva o el desierto tratando de descubrir la tierra de las mil maravillas; hubo quien se encontró con las sirenas nadando en un río de lo que sería llamado “La Florida” y descubrió que no eran una belleza: imaginó lo terrible que debía ser su canto; con desesperación varios descubridores trataron de entender, nombrar esta tierra incógnita y más de uno pudo haberse sentido Adán en el Jardín del Edén nombrando las cosas y los territorios por primera vez. Los misioneros católicos y los pasajeros del Mayflower llegaron al Nuevo Mundo con la convicción de que la salvación de la humanidad se encontraba aquí y fundaron comunidades inspiradas en las que las utopías anunciadas desde antes en los libros sagrados o en las ficciones de los humanistas del Renacimiento. Fue el momento de confrontar los datos ya dados por los bestiarios medievales y de poner en práctica la capacidad de imaginar riquezas y de regresar al paraíso perdido por el pecado original.

En medio de tanta maravilla, de tanta tierra nueva por conquistar, subyugar, nombrar, descubrir, pocas veces hubo tiempo de preguntarle al Otro, a aquél que vio llegar las embarcaciones, que nunca había visto una armadura o un caballo, que desconocía la pólvora, cómo se

entendía con esa tierra “nueva”. Pocas veces hubo tiempo para escuchar, porque la prisa era mucha y el deseo por dominarlo todo no era menor. Sin embargo, en silencio, de manera gradual se fue dando una fusión entre lo ya conocido y lo novedoso. José Clemente Orozco logró percibir esta fusión silenciosa y con trazos firmes lo reflejó en la figura de un hombre blanco y barbado que, sentado, tomado de la mano de una mujer india, mira al caminante desde una de las escaleras del Colegio de San Idelfonso.

No puede negarse que se cometieron atrocidades en este encuentro de los mundos ya existentes en lo que se llamó América y los mundos que formaban parte de Europa. Tampoco puede negarse que hubo encuentros que permitieron la creación de nuevas identidades, nuevas formas de comprender al mundo y nombrarlo. ¿Hasta qué punto los conquistadores resultaron ser conquistados por las tierras que decían subyugar? ¿Hasta qué punto su arrogancia no les permitió darse cuenta que una vez cruzado un Océano estaban transformándose en exilados, en refugiados? ¿Hasta qué punto el “subyugado” permanecía en silencio, pasivo ante el encuentro de aquellos que le “enseñaban” la “verdad” sobre todas las cosas? La historia puede darnos algunas pistas y podemos interpretar algunas de las acciones de quienes fueron partícipes de ese proceso de hibridación. Nunca tendremos la certeza de cómo sucedió todo este proceso de transformación y cuáles fueron exactamente los sentimientos que surgieron a lo largo del proceso de adopción de las nuevas identidades. Sin embargo, los resultados están frente a nosotros, en nosotros. Somos nosotros mismos.

A pesar de haber estado presente, de todavía subsistir la idea que es necesario “civilizar” al mundo, de enseñarle a los otros, a los “primitivos” qué es el bien, qué es el mal, qué forma de vida y manera de relaciones económicas son las que les conviene asumir, tenemos ahora la posibilidad de iniciar un diálogo entre las distintas partes que conforman este todo llamado humanidad. Es verdad que en los procesos de encuentro de dominio del Otro han existido capítulos oscuros y que existen resentimientos acumulados, sin embargo, es necesario tratar de comenzar a tender puentes que permitan el diálogo

y el enriquecimiento de las diferentes partes que están en proceso de encuentro y transformación, y permitir que aquellos que no tuvieron voz puedan decirnos cómo, desde su diferencia, se observa el mundo que comparten con nosotros, y cómo el discurso de Occidente ha logrado arraigarse en nosotros, y desde estas dos posiciones iniciar una recomposición epistemológica que sea capaz de dialogar y adoptar lo mejor de cada una de las partes involucradas. Todo con el propósito de comprender y asumir nuestra condición de nómadas.

En el presente ensayo procuraré dar una panorámica general de qué es la cultura, cómo se vincula con el concepto de identidad y cómo puede ser entendida desde la propuesta de algunos pensadores postestructuralistas. Trataré de aterrizar estos conceptos en la obra *Oriente, Occidente*, de Salman Rushdie, teniendo la siguiente hipótesis: por medio de los objetos culturales nos es posible acceder a formas de comprensión del mundo en el que nos desenvolvemos, de ver a los demás y a nosotros mismos, en nuestro devenir de identidad, desde la expresión simbólica que conforma la obra literaria.

1. DEFINICIÓN DE “CULTURA”

Antes de intentar comprender qué es la identidad, es necesario tratar de comprender qué es la cultura, palabra que ha tenido diferentes acepciones en el transcurso de la historia, y alrededor de la cual se han construido las diferentes definiciones de lo que es la identidad.

Partamos de una primera definición de cultura, tomada de *Cultura e imperialismo*, de Edward Said: “se refiere a todas aquellas prácticas como las artes de la descripción, la comunicación, la representación, que poseen relativa autonomía dentro de las esferas de lo económico, lo social y lo político, que muchas veces existen en forma estética, y cuyo principal objetivo es el placer [y se relaciona con el saber popular como con el saber especializado]” (Said, 12). De esta primera definición se desprende que, independientemente del grado de avance tecnológico, todo grupo humano es capaz de generar cultura, y que no importando de su capacidad de poder económico o influencia sobre otros grupos humanos, estas manifestaciones tienen tanta valía como cualquier otra.

Esta manera de entender la cultura no siempre ha existido ni es la única. Una segunda postura establece que la cultura es “el archivo de lo mejor que cada sociedad ha conocido y pensado” (Said, 14). Tiene correspondencia con una manera reduccionista de entender la cultura y puede asociarse con un pensamiento que, a decir de Edward Said, tiende a la veneración de lo propio y conduce a una separación del fenómeno cultural del ámbito de lo cotidiano (Said, 14).

Entender la cultura desde una óptica reduccionista, como un producto excelso propiedad de unos cuantos elegidos, ha tenido repercusiones negativas a lo largo de nuestra historia. Esta postura

fue la que condujo a la expulsión de los árabes y judíos de Toledo a finales del siglo XV. Ya en tiempos recientes, es lo que justificó el dominio colonial en África, Asia y América y lo que estuvo detrás de la reciente guerra en los Balcanes, y lo que sustenta, al menos en el discurso, la intervención estadounidense en Irak. Estos capítulos sólo son una parte de un entramado complejo de invasiones, imposiciones y luchas étnicas.

La idea de la cultura como negación del Otro y la exaltación del Yo también ha sido parte del discurso de determinados grupos que en algún momento han sido víctimas de exclusión. Me parece que tal ha sido el caso de los recientes movimientos fundamentalistas árabes, del nacionalismo irlandés, por sólo mencionar algunos ejemplos recientes. Por lo tanto, es necesario revisar nuestros conceptos de cultura, ya que aunque en apariencia se trata de un simple término, de ahí pueden desprenderse actitudes y formas de relación con el Otro, con quienes son “diferentes”. En este sentido, me parece sensata la recomendación que hace Edward Said: “La cultura puede convertirse en un envase protector: examine sus ideas políticas en la tapa antes de abrirla” (Said, 15).

Existen diferentes formas de comprender cuáles son y han sido nuestras concepciones acerca de lo que es la cultura y cómo nos hemos visto reflejados a nosotros mismos y cómo hemos retratado a los Otros. Una de esas ventanas es la expresión artística, la cual por negación o afirmación, siempre es un vehículo en el cual quedan plasmadas las distintas maneras en que hemos percibido nuestro mundo, a nosotros mismos y a los demás.

En este sentido la literatura, como forma de expresión artística, es uno de los vehículos a través de los cuales podemos acceder a diferentes formas de comprensión de la realidad. Los temas tratados por medio de ella, las formas, los personajes, el lenguaje, todo el fenómeno artístico literario es una veta rica de percepciones del mundo y de las formas peculiares de cómo los artistas conciben su labor en la sociedad específica que les ha tocado vivir.

La novela *Robinson Crusoe* es un ejemplo. La historia de un hombre que es capaz de crear civilización en un ambiente que le es hostil, que además logra salvar de la barbarie y “educar” a un salvaje, Viernes, es una de las muestras más claras de lo que Edward Said y otros teóricos de la poscolonialidad han identificado como expresiones de los deseos y aspiraciones colonialistas europeos del siglo XVIII. Por el contrario, Foe, de J.M. Coetzee, cuestiona los presupuestos colonialistas implícitos en *Robinson Crusoe* y reelabora el relato de Daniel Defoe desde el punto de vista de dos personajes marginales: una mujer y un esclavo silencioso, y por sus características es una obra que pretende presentar una propuesta alterna a los esquemas estéticos, temáticos e ideológicos establecidos por la narración y pensamiento de la modernidad.

2. CULTURA E HIBRIDACIÓN

La cultura se encuentra en constante movimiento y es el reflejo de las preguntas que surgen desde los diferentes contextos en que el ser humano se ha visto imbuido. De esta forma, por más que existan empeños en fijar a la cultura y las distintas formas que llega a adquirir, ésta se hallará en constante movimiento, refigurándose, en constante transformación. Pensadores postestructuralistas como Néstor García Canclini y Edward Said perciben los procesos socioculturales como parte de un sistema dinámico, donde las estructuras y las prácticas discretas que existen en apariencia de manera separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas (García, III; Said, 31).

Las dinámicas culturales, su constante mutación, han estado presentes desde siempre. No es posible imaginar a un grupo humano totalmente aislado, estático. Es posible que en un contexto en el que no existe una explosión tecnológica como la que nos ha tocado vivir en tiempos recientes, los cambios culturales se den de manera casi imperceptible; sin embargo las mutaciones y los intercambios de elementos culturales siempre han estado ahí (García, 31).

Los procesos culturales no siempre han sido entendidos de esta manera. Para el pensamiento imperialista occidental, producto derivado del pensamiento moderno, la cultura permanece estática y no se construye en el concierto de la diversidad y la mezcla. La cultura es propiedad de una elite, de determinadas naciones marcadas por una superioridad tecnológica y económica, quienes dada su situación y estado de evolución están llamadas a dominar a los demás pueblos, e imponerles prácticas y formas de pensamiento de vanguardia que les permita elevarse de su estado primitivo.

En tiempos recientes los vínculos entre los diversos pueblos y las naciones se han ido estrechando cada vez más. Esto es el producto, en parte, de los logros en las tecnologías de la comunicación que permiten la obtención de información generada en otros puntos distantes (García, XII). Sin embargo, este acercamiento cultural también es uno de los logros del imperialismo Occidental, el cual, de manera inconsciente, no significó únicamente intercambio de productos y personas, sino de elementos culturales (Said, 25). Este acercamiento entre las partes, el intercambio de elementos culturales, la transformación inminente de los pueblos y los individuos, en tiempos recientes ha sido definida como “hibridación” (García, III), y sólo ha podido ser identificada con el reciente surgimiento del pensamiento posestructuralista y con la complejización de los contextos sociales y culturales mundiales de los últimos años, donde es frecuente el cruce y desbordamiento de las fronteras físico-culturales que han tratado de imponerse y no han impedido la expresión de las diversas voces que han empezado a exigir ser tomadas en cuenta, y que a decir de Edward Said fueron por mucho tiempo “testigos de la historia y objetos de la nominación de Occidente” (Said, 24).

De esta manera, con la emergencia y el énfasis de la hibridación en los procesos culturales, en palabras de Néstor García Canclini, “no sólo se clausura la pretensión de establecer identidades ‘puras’ o ‘auténticas’ [...] pone en evidencia el riesgo de delimitar identidades locales autocontenidas o que intenten afirmarse como radicalmente opuestas a la sociedad nacional o a la globalización” (García, VI). A su vez nos permite abrirnos a la posibilidad de entender y escuchar al Otro y la generación de una concepción nueva e integral de lo que son las identidades, donde no existan esencialismos ni una jerarquía previamente establecida, y sí la posibilidad de la construcción de relaciones sociales, económicas y culturales que permitan la adopción de lo diverso como elemento básico para la construcción del entramado individual, social, nacional y global (De Toro, 140).

3. LA IDENTIDAD EN TIEMPOS DE LOS POSTESTRUCTURALISMOS

Desde siempre han existido diversas nociones con respecto a qué es la identidad. Los pueblos de la antigüedad establecían definiciones identitarias dependiendo del tipo de la semejanza lingüística o cultural que pudiera existir entre un pueblo y otro. Sin embargo, tal parece que esta preocupación por establecer de una manera más precisa qué es la identidad de los pueblos surge, a decir de Edward Said, en el siglo XIX, momento de la historia mundial en que esta noción se “convirtió en sello de las culturas imperialistas y también en el de las que trataban de resistir los asedios de Europa” (Said, 30).

Es indudable que la noción de identidad puede llegar a ser un instrumento ideológico que justifique la exclusión de un grupo determinado, ya sea con fines políticos o económicos. No olvidemos que, por ejemplo, la exclusión y exterminio de los judíos en la Alemania nazi tuvo como argumento central las diferencias identitarias basadas en estereotipos y en aparentes diferencias biológicas. El discurso nazi exaltaba las supuestas diferencias raciales y culturales de los pueblos “arios”; sin embargo, lo que estaba en el trasfondo eran intereses económicos y expansionistas. Así podríamos citar diferentes episodios de nuestra historia lejana y cercana en la que una nación, o un grupo de personas, generan un discurso que pone un especial énfasis en las diferencias de identidad con la finalidad de justificar un dominio, venganzas o dinámicas de opresión sobre los señalados como “diferentes”.

Estas concepciones de las identidades puras que tienden a la exclusión de los Otros, de los diferentes, parten del supuesto de que las culturas, los elementos simbólicos que son mostrados como

propios, son el resultado de un mayor grado de madurez y evolución civilizatoria. Por eso es tan importante la creación de un discurso que sea capaz de mostrar la existencia de una supuesta tradición, de una identidad limpia de influencias negativas o dañinas.

Néstor García Canclini reflexiona sobre lo anterior y afirma:

Cuando se define una identidad mediante un proceso de abstracción de rasgos –lengua, tradiciones, conductas estereotipadas– a menudo se tiende a desprender esas prácticas de la historia de mezclas en que se formaron. Como consecuencia, se absolutiza un modo de entender la identidad y se rechazan maneras heterodoxas de hablar la lengua, hacer música o interpretar las tradiciones. Se acaba, en suma, obturando la posibilidad de modificar la cultura y la política (García, VI).

Las consecuencias de la concepción de una identidad esencialista tienden a ser graves no sólo para el grupo de personas que la sustenta. También afecta a quienes se percibe como extraños y da como resultado encuentros violentos y espirales de destrucción.

3.1. La identidad: ese oscuro objeto del deseo

Ante lo anterior, ¿qué es la identidad?, ¿cómo leer este concepto a la luz de los cambios epistemológicos recientes?

De acuerdo con el Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia Española, la identidad significa “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás”; también es “conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás” (Diccionario de la Lengua..., 1245). De esta definición se puede desprender la idea que la identidad está sustentada en la diferencia con respecto a los otros, a quienes son diferentes a uno mismo y que invariablemente comparten el espacio vital; este es un aspecto esencial que nos puede permitir comprender quiénes somos y es un elemento importante para la construcción de

la persona. Por medio del Otro, de sus diferencias, es posible comprender qué es el Yo. En contraste con el Tú es posible establecer vínculos que permitan la subsistencia del Yo y la creación de lazos que permitan la conservación del Otro, al grado que estos vínculos permitan hablar ya no de unidades separadas, sino de una comunión, de un Nosotros.

Sin embargo, esta perspectiva no es la única. También podemos encontrar, basándonos en la misma definición del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, concepciones de la identidad en las que se hace un mayor énfasis en las diferencias con respecto al otro, entendido el espacio entre el Yo y el Tú como una distancia irreconciliable y una incapacidad de comunicación entre los dos polos. Stuart Hall, en su artículo “Who needs identity?”, analiza esta manera de comprender la construcción de la identidad y comenta que para el común de las personas la identidad se construye con base en el reconocimiento de orígenes comunes o características similares, ideales compartidos que permiten generar lazos de solidaridad teniendo presente las similitudes pero no las diferencias (Hall, 2). Esta manera de entender la identidad basada en el Yo, que tiende a un esencialismo excluyente, ha sido practicada tanto por las potencias colonialistas como por los grupos humanos excluidos a lo largo de la historia, y ha generado una serie de discursos y elementos simbólicos que sustentan esta suerte de ideología de la separación. La lengua, determinadas narraciones de índole mítico o con un cariz histórico, las diferencias en la coloración de la piel, en las prácticas religiosas, la exaltación de símbolos externos como el culto o respeto a objetos o edificaciones que llegan a ser concebidos como parte del patrimonio cultural, son algunos de los elementos externos que permiten justificar la existencia, preeminencia y autonomía de las identidades regionales o nacionales clausuradas.

Fernando de Toro, en su artículo “From Where We Speak?”, afirma que el discurso colonialista construye una imagen del Otro tomando como base la propia concepción del Yo sin tomar en cuenta el punto de vista de los colonizados. A su vez, los colonizados llegan a emplear el mismo método de identificación del Otro, del colonizador, que genera

un círculo vicioso que no permite el contacto entre las dos partes, dando como resultado el choque violento entre colonizadores y colonizados (De Toro, 140-141).

Estas dinámicas de exclusión no se detienen ni son exclusivas de la relación entre los grupos de poder y los marginados. También los grupos marginados pueden llegar a asumir prácticas y actitudes que excluyen a otros grupos excluidos. Tal vez la trágica historia de la nación de Israel y Palestina sea una muestra de estos círculos de violencia y desencuentro entre grupos que afirman ser diferentes, que en algún momento de su historia fueron víctimas de otros.

¿Y al final de cuentas qué es la identidad? ¿Cómo se construye? Me parece que de entrada la definición del Diccionario de la Lengua Española es más que suficiente para definir este término. La identidad es una manera que tenemos los seres humanos para comprender que no estamos solos en el complejo entramado de las realidades sociales y culturales en las que nos desenvolvemos. Es un elemento que nos permite diferenciarnos y desarrollarnos como individuos, pero que al mismo tiempo nos vincula con los otros, los que son nuestros semejantes. Es una afirmación, un elemento sustentado en un discurso que habrá de variar en el transcurso del tiempo y del contexto histórico-cultural en el que nos encontramos inmersos, y que se refleja en nuestras instituciones y formas de relacionarnos con los Otros (Hall, 4).

La identidad ha sido definida con base en las preguntas de “¿quiénes somos?” o “¿de dónde provenimos?” Sin embargo, a la luz de los cambios que se han dado en las sociedades contemporáneas, en que los lazos entre las naciones se han estrechado en parte debido a los avances en las tecnologías de transporte y traslado de información, es necesario replantearse la pregunta de la identidad partiendo de presupuestos diferentes, es decir, desde las preguntas de “¿quiénes podríamos llegar a ser?” y “¿cómo hemos sido representados, y dichas representaciones cómo pueden limitar nuestro ser en construcción?” (Hall, 4). En otras palabras, tratar de entender las identidades desde

una óptica distinta que nos permita asumir que éstas nunca han sido concebidas de la misma manera, que no son elementos monolíticos y siempre han estado sujetas a procesos de transformación en los que han estado implicados los Otros, los llamados diferentes.

Lo anterior puede quedar mejor explicado si recurrimos a la propuesta que hace Stuart Hall: “I use ‘identity’ to refer the meeting point, the point of *suture*, between on the one hand the discourses and practices which attempt to ‘interpelate’, speak to us or hail on into place as the social subjects of particular discourses, and on the other hand, the processes which produce subjectivities, which construct us as subjects which can be ‘spoken’”* (Hall, 5-6). Es decir, la comprensión de la identidad como punto de sutura, unión entre polos, representación sujeta a una constante transformación que no es única y es necesario comprender como un proceso en constante construcción, que necesariamente requiere ser contrastado con los puntos de vista externos y permite la interlocución.

Volviendo sobre las ideas de Stuart Hall, el concepto de identidad aquí explicado, es uno que no tiene un sustento esencialista, sino se trata de uno que parte de una óptica estratégica y posicional, que no se maneja bajo los parámetros de *pérdida* o *ganancia*, sino desde una perspectiva en la que existe una constante edificación y comunicación con el Otro (Hall, 2-3).

* “Uso la palabra ‘identidad’ para referirme al punto de encuentro, el espacio de sutura, entre lo que, por una parte, el discurso y las prácticas nos marcan como sujetos sociales de discursos particulares y, por otra, desde los procesos donde se construyen las subjetividades que nos constituyen como individuos que pueden ser ‘nombrados’”. (Traducción del autor).

4. IDENTIDAD Y EXILIO

Como ya ha sido expuesto, la manera en que se expresa, entiende y vive el concepto de la identidad tiene un vínculo muy estrecho con respecto a cómo es entendida, vivida y reflejada la cultura en los grupos humanos a lo largo de la historia. Además, se ha visto que ante los cambios recientes en las tecnologías de transporte, traslado y circulación de información, varias de las estructuras epistemológicas han comenzado a transformarse, generando un periodo marcado por el reacomodo de las estructuras del conocimiento, la convivencia social y las formas de concebir y ejercer el poder.

La manera en que nos vemos a nosotros mismos indudablemente ha cambiado. Los centros del poder se han estado modificando de manera gradual. Si en algún momento de nuestras historias llegamos a creer que nuestra identidad ocupaba un lugar privilegiado en el mundo, ahora tenemos la posibilidad de comprendernos como parte de un gran concierto de voces y maneras de nombrar al mundo que tienen tanta dignidad como la nuestra. Todos formamos parte de una esfera. Todos somos el centro.

Este reacomodo epistemológico no ha resultado sencillo ni fluye de una manera limpia de confrontaciones. A lo largo de la historia se han acumulado odios, temores y desconfianzas que no pueden ser ignorados ni superados de manera simple. En América Latina, por ejemplo, está presente en la memoria la imposición de formas de gobierno, cultura, religión y modelos económicos, eventos propios de los periodos de conquista y de los esfuerzos modernizadores realizados por los gobiernos que se han sucedido durante y después de las luchas de independencia de Europa. Al mismo tiempo existe un discurso que ante las transformaciones recientes ha preferido

endurecerse antes que admitir la inclusión de formas nuevas que permitan el vínculo con los Otros. En el caso específico de México se defiende la idea de una nación única e inamovible, mientras que en el trasfondo los procesos de transformación cultural continúan, generando una erosión de los grandes símbolos y relatos. Esta situación conduce a una angustia y a una actitud psicótica que, lejos de permitir adaptarnos a la realidad, nos paraliza y dificulta nuestro contacto entre nosotros y con quienes entendemos como los extranjeros.

Es posible que algo similar suceda en otros países y en otras regiones del mundo. En años recientes hemos visto fracasar proyectos de nación pluriculturales. Yugoslavia, la región de Palestina, son algunos de los múltiples polvorines donde las prácticas religiosas, la lucha por la propiedad de la tierra y los ajustes de cuentas son los elementos que llevan a dos grupos humanos a la confrontación armada. Francia y otras naciones de Europa se encuentran lejos de aceptar la diversidad cultural como proyectos nacionales y Estados Unidos, empleando un discurso supremacista, cierra sus fronteras e invade países.

Todavía no es común escuchar propuestas de relación entre las identidades como la planteada por Edward Said, quien desde su herencia cultural diversa es capaz de comprenderse como un ente en movimiento que puede entrar en diálogo con los demás y hace propuestas de relación en las que la identidad es una oportunidad de transformación y diálogo: “[siendo un árabe con una educación occidental] he sentido que pertenezco a los dos mundos sin ser completamente de uno o de otro” (Said, 32).

Es necesario encaminarnos hacia una ética y sociedades del Nosotros, recordando lo que ha sido nuestra historia, escuchando y rescatando las versiones de la historia desde la óptica de los vencidos y aceptando nuestra condición esencialmente híbrida.

En palabras de Edward Said, esto es recordar “que en sus modos más definidos los relatos de emancipación e ilustración son historias

de integración, no de separación, historias de pueblos excluidos del grupo principal pero que ahora están luchando por un lugar dentro de él” (Said, 32). Pero también es necesario recordar que “la vieja autoridad no puede ser sencillamente reemplazada por una nueva, sino que han surgido con celeridad nuevos lineamientos entre fronteras, tipos, naciones y esencias. [Son estos nuevos lineamientos] los que provocan y desafían la noción fundamentalmente estática de la *identidad* que ha sido el meollo del pensamiento cultural durante la era del imperialismo” (Said, 29).

De esta manera se facilitarán los procesos de inclusión y adaptación a los diferentes entornos culturales con los que nos enfrentamos día a día, ya sea a través de los medios de traslado de información o por los fenómenos migratorios.

5. ORIENTE-OCCIDENTE

La expresión artística es un reflejo de la época en que se genera. Si bien es cierto que la finalidad última del arte no es argumentar, sí es posible, por medio de la interpretación, iniciar un diálogo. A través del objeto artístico podemos iniciar un proceso de reflexión y observación de las diversas maneras como ha sido comprendido el entramado social, cultural y del conocimiento.

Como ya se había mencionado, y bajo los anteriores supuestos, podemos comprender por qué la novela *Robinson Crusoe* es una suerte de homenaje al individualismo y los impulsos civilizatorios del Occidente, y por qué, cuando este entramado cultural-epistemológico que le dio origen empieza a presentar fisuras, surge una contra-propuesta titulada *Foe*.

Novelas recientes como *Foe* son parte de la producción reciente de obras literarias que son parte del espíritu crítico del pensamiento moderno occidental, es decir, son expresiones del sentir y pensamiento postmoderno.

La postmodernidad, más que una fase dentro de un proceso de evolución de pensamiento, se propone como un lapso, un estado espiritual que permite desmontar los presupuestos y los relatos creados por el pensamiento unidireccional, centrado y clausurado que representa la modernidad occidental. Las obras que se han generado bajo sus presupuestos procuran no funcionar como simples divertimentos, sino abordar, desmontar, cuestionar y refigurar los grandes relatos y las grandes estructuras formales generadas por el arte occidental, incorporando la visión y las peculiaridades de las expresiones artísticas de los excluidos. En palabras de Umberto Eco,

la postmodernidad es “un término que sirve para cualquier cosa [...] sin embargo, [...] no es una tendencia que pueda circunscribirse dentro de un proceso histórico, sino una categoría espiritual, una manera de hacer [que] busca reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse [...] lo que hay que hacer es volver a visitarlo; con ironía, sin ingenuidad”. (Urdanibia, 69-70).

De esta forma, el libro de relatos *Oriente, Occidente* de Salman Rushdie ha de entenderse como una obra literaria postmoderna que pretende abordar, desde tres perspectivas, el tema de la identidad, el Yo, el Otro y el Nosotros.

La obra está dividida en tres grupos de relatos: “Oriente”, “Occidente” y “Oriente-Occidente”. A través de los tres podemos ingresar a las áreas de choque entre la cultura imperialista inglesa y la complejidad múltiple de las culturas de la India.

5.1. “Oriente”

En el grupo de narraciones que compone “Oriente” existe un cuestionamiento hacia lo que puede entenderse como nociones de lo “tradicional”. Salman Rushdie procura lograr una mirada desde Oriente hacia Oriente, de los conquistados hacia sí mismos. Es por esta razón que los cuentos contenidos en este apartado del libro hablan sobre la India empleando expresiones lingüísticas, personajes y situaciones que remiten a ese subcontinente. Son tres historias que se aventuran a explorar la complejidad de la vida y pensamiento de los distintos pueblos que conforman ese país.

La mirada que Rushdie nos da de la India es una llena de contradicciones. El primer cuento, “Un buen consejo es más raro que un rubí” es una suerte de oda hacia una mujer que decide romper todos los esquemas del hecho de ser mujer en una cultura patriarcal: miente en el consulado para no migrar a Inglaterra y, en consecuencia, para no ser parte de un matrimonio arreglado con un hombre que no conoce.

En la segunda narración, “La radio gratis”, se coloca en un primer plano la condición marginal de los conquistados: es la historia de un taxista que es retrasado mental que tiene por esposa a la viuda de un ladrón; en la narración nos damos cuenta de cómo es víctima de un engaño por parte de las autoridades sanitarias: le prometen una radio si acepta realizarse la vasectomía. La marginalidad de este personaje se resalta aún más por el hecho de que quien cuenta la historia es un anciano de la comunidad, quien desde su posición “sabia” señala constantemente la doble marginalidad del joven: “Todos sabíamos que no le ocurriría nada bueno mientras la viuda del ladrón tuviera las garras clavadas en él, pero el muchacho era inocente, un verdadero pollino, no se puede enseñar nada a gente así” (Rushdie, 23).

En la tercera narración de Oriente, “El pelo del profeta” se muestran las contradicciones de una fe fundamentalista: un prestamista encuentra una reliquia robada días atrás de un santuario importante y, gradualmente, su comportamiento va modificándose al grado que impone duras normas religiosas a su familia, sin abandonar la usura. La solución a la súbita locura del prestamista es el empleo de los servicios del mejor ladrón de la ciudad, quien es contratado para robar la reliquia. Una vez realizado el robo, los sufridos familiares del prestamista buscarán regresar el objeto sagrado a su lugar de origen, deseando el reestablecimiento del orden y la razón. Todo esto es logrado pero a un alto precio: el ladrón es linchado y sus hijos se ven obligados a dejar de mendigar. La única realmente beneficiada es la esposa ciega del ladrón, quien recupera la vista.

En las narraciones de “Oriente” observamos cómo se ve la vida desde los márgenes. Los personajes son presentados con ironía y por momentos parece estarse cuestionando el orden tradicional de una sociedad jerarquizada como la india. Tenemos la paradoja de una mujer que se arriesga a ser despreciada por no querer cumplir con su destino como mujer, y además por no atender el “sabio” consejo de un hombre de mayor edad. También observamos cómo un personaje ya de por sí marginal —un retrasado mental que es taxista, y que además está casado con la viuda de un ladrón— es engañado y degradado aún más dentro del contexto de una sociedad de castas:

el gobierno le ha despojado su capacidad de ejercer su hombría –tener hijos. Finalmente, está la paradoja en la que es necesario resolver un mal, empleando al mayor maleante del lugar. Además, el encuentro con una experiencia religiosa da pie al inicio de una serie de infortunios que únicamente se resuelven con sangre.

Una constante en este grupo de narraciones de “Oriente” es la tensión entre lo tradicional y lo novedoso, una visión crítica de que apela a la visión del conquistado y a su complejo sistema de verdades y valores.

5.2. “Occidente”

En las narraciones del apartado titulado “Occidente” se desconstruyen tres grandes relatos occidentales: Hamlet, en la narración titulada “Yorik”; El Mago de Oz, en “En la subasta de las zapatillas rubías”; y el descubrimiento de América, en “Cristóbal Colón y la Reina Isabel de España consuman su relación (SANTA FE, *Anno Domini 1492*)”.

En “Yorik” el centro de la narración es el bufón que en la obra de Shakespeare es únicamente objeto de algunas reflexiones. El bufón cuenta su historia, y lo hace empleando una estructura rizomática que rompe con el esquema de la narrativa lineal, que confronta los presupuestos de la estética occidental: así está presente la palabra entendida no como vínculo, sino como veneno; también la historia como registro parcial, seleccionado, incompleto y despojado de múltiples verdades; la tragedia como derivación de la política; la razón como el origen de las atrocidades por venir.

“En la subasta de las zapatillas rubías” la forma de la narración está dictada por el fluir psíquico del narrador. El elemento de las zapatillas rubías es uno de los elementos que evidentemente anclan esta narración con la del Mago de Oz, sin embargo, la narración de Rushdie es una suerte de espejo invertido en el que no hay esperanza al final del camino amarillo: la verdad es elusiva, la enfermedad del alma se repetirá infinitamente porque todos en diversos niveles, los

habitantes de este mundo retorcido son huérfanos, desarraigados que buscan su hogar donde no lo está, que son incapaces de sentir compasión por el astronauta agonizante, quien es una suerte de símbolo de lo fatuo que resulta ser la idea del progreso tecnológico: es capaz de llevarlo al espacio pero es incapaz de rescatarlo y, además, transforma su desgracia en un fenómeno mediático.

La última narración de “Occidente” parodiza el relato del descubrimiento de América, despojando la zaga de su dimensión heroica, y la transforma en una suerte de juego cortesano. Colón se transforma en un extranjero advenedizo, en una curiosidad más dentro de la corte de la reina Isabel.

Colón se esfuerza en llamar la atención de una reina que observa al genovés como un ser extraño por lo extravagante de su comportamiento y costumbres, y al que es necesario mantener en una situación marginal dada su condición de plebeyo y extranjero; para Colón, la reina representa el poder que hay que conquistar. La reina es la puerta que puede permitir el acceso a la gloria y a la historia, encarna el objeto del deseo que se vuelve evasivo. Colón encarna una marginación paradójica: siendo occidental es marginado por ser un “oportunista”, por querer adquirir la gloria con recursos y con medios que no le son propios, pero principalmente por hablar mal la lengua dominante, el español. Finalmente, Colón adquiere alguna importancia cuando quien domina, la reina Isabel, se da cuenta que el extranjero puede ser un objeto al que se puede sacar algún provecho.

Rushdie, en esta reescritura de la historia del descubrimiento de América, retrata la relación entre Colón e Isabel de Castilla como la que existe entre el amo y el esclavo: existe la repulsión y la atracción mutua. También se hace patente el proceso de la configuración de las identidades, en las que existe una dialéctica, un intercambio silencioso de elementos culturales entre quien domina y quien es dominado. Al final, los dos puntos en apariencia divergentes terminarán compartiendo la gloria, la tan añorada “consumación” que aparece mencionada una y otra vez a lo largo de la narración como parte de las palabras de Colón.

Me parece que las tres narraciones contenidas en “Occidente” giran en torno del desmontaje de cuatro grandes afirmaciones del pensamiento moderno occidental: la verdad histórica, de manera más clara en “Yorik” y en “Cristóbal Colón...”; el discurso civilizatorio, en “Cristóbal Colón”; las identidades cerradas, en “En la subasta...” y en “Cristóbal Colón”; y el progreso económico basado en un esquema de libre comercio y consumo, por medio de “En la subasta...”

De manera general, “Occidente” muestra las fisuras de un pensamiento agotado, que se aferra a mantenerse clausurado y que esa clausura genera una asfixia que va dando paso a contradicciones que conducen a un gradual desgajamiento epistemológico, social y económico de las identidades. También es interesante la manera cómo se emplea una estructura rizomática, subjetivista y surreal en las tres narraciones que componen esta parte del libro: esto permite ver el lado oculto, lo no narrado, lo demoníaco que está encerrado en el discurso logo-falo-céntrico occidental.

5.3. “Oriente, Occidente”

“Oriente, Occidente” funciona como una síntesis entre las dos partes del libro. Por medio de ella se aborda de manera más frontal el conflicto de las identidades, la crisis del pensamiento moderno y de los tradicionalismos en un contexto postestructuralista. Las tres narraciones –“La armonía de las esferas”, “Chekov y Zulu”, “El Cortero”– remiten a situaciones en las que los colonizadores y los colonizados han sido transformados por el contacto mutuo.

En “La armonía de las esferas” nos encontramos con la experiencia paranoica de un galés quien crea una teoría en la que los extraterrestres amenazan con tomar el control de la Tierra. Cualquier persona cercana a Eliot, el galés paranoide, es sospechosa de ser parte de este complot.

El narrador de la historia de Eliot Crane es un descendiente de emigrantes hindúes, que está casado con Mala, una mujer que es

descendiente de unos emigrantes de las Islas Mauricio. Por medio del testimonio de este personaje nos es posible observar las dinámicas de exclusión y desencuentro entre las distintas culturas que forman parte de la nueva Inglaterra: Mala tiene una gran obsesión por la limpieza y detesta las salidas al campo; Eliot tendía a ser un inglés tradicional que curiosamente tenía un amigo indio y una esposa, Laura, descendiente de emigrantes mauricianos. En este Babel en el que todos los personajes son individuos desarraigados, la pauta de sus relaciones está marcada por la locura, la infidelidad y el desencuentro entre las distintas tradiciones y puntos de vista culturales, de manera que la narración es un retrato ácido de las sociedades contemporáneas en las que existe una aparente aceptación de la diferencia, pero que en el fondo subsiste un discurso que separa a los individuos.

El título de la narración, “La armonía de las esferas”, sólo puede ser entendido como una ironía: se emplea el elemento de las esferas, símbolo que significa orden y perfección que puede interpretarse como identidades bien construidas; también se menciona el término “armonía de las”, lo cual indica que existe un contacto sin contradicciones o al menos exenta de crisis entre estas unidades. Esta posibilidad de la convivencia armónica entre las esferas, entre las identidades, no se da entre los personajes de la narración.

“Chekov y Zulu” es la curiosa historia de dos diplomáticos indios que conspiran contra su propio gobierno y que emplean el lenguaje y nombres extraídos de Star Trek. Zulu y Chekov son dos personajes que están atrapados entre el pasado y el presente, que disfrutan del bienestar que representa la antigua metrópoli colonial, pero a la que, al menos uno de ellos, Chekov, no es capaz de “perdonar” por las afrentas realizadas durante el pasado colonial.

En esta narración el peso recae en la memoria y el perdón, y además en los procesos de hibridación cultural que pasan desapercibidos para los personajes que los sufren. La manera en que se nombran los personajes, el uso de su lenguaje, que va del inglés al bengalí, de los vocablos tradicionales al lenguaje adquirido en un programa de televisión, marcan las contradicciones bajo las

cuales se mueven los dos amigos. Conspiran contra su gobierno al cobijo de lo que, al menos para Chekov, dicen es el origen de los males de la India; se sienten despojados de su pasado, de su historia, pero disfrutan de las comodidades de la metrópoli. Una de las mayores contradicciones es cuando el menos radical de los dos amigos, Zulu, pone en marcha la operación que desemboca en el asesinato de Indira Gandhi, y cuando Chekov, el radical que termina siendo colaborador del gobierno indio, es testigo del asesinato de Rajiv Gandhi a manos de conspiradores locales.

“El cortero” me parece que es la narración más conciliadora de todo el libro. En ella la identidad aparece como un punto de referencia, pero que no significa añoranza o apego. Sigue estando presente la lucha entre Oriente y Occidente, sin embargo, queda la esperanza que los descendientes de los emigrados puedan dialogar con la cultura que los ha recibido.

Mary-claro es un personaje anclado en el pasado y no logra adaptarse al nuevo contexto cultural, ante el que nunca ha dejado de ser una extranjera: su lengua, sus hábitos y sus referentes de identidad siguen estando en la India. Tanto ella como el “cortero” son una muestra de un pasado curioso, que le da sentido a un mundo familiar que gradualmente se va transformando. Los padres mantienen vivas algunas de las instituciones tradicionales hindúes, pero con los hijos estas instituciones empiezan a desdibujarse, al grado que cuando el personaje narrador adquiere la ciudadanía inglesa asume que su lugar se encuentra no en el recuerdo ni en el refugio que proporciona una tradición que sólo ha vivido por referencias, sino en su presente híbrido: “Doy saltos, resoplo, relincho, reculo, coceo. Lazos, reatas, no elijo ninguno de los dos, y elijo a los dos. ¿Lo oís? Me niego a elegir” (Rushdie, 169).

El proceso de transformación no se desarrolla ausente de desencuentros. Está el estigma de la apariencia, de la falta de dominio de la lengua local o de los estilos de comportamiento que no son del todo acordes a la cultura receptora. También está la exigencia de los adultos que buscan que los hijos, los menores, opten por una cultura

y una tradición que no han vivido de manera plena. Estas tensiones por momentos son anécdotas curiosas y humorísticas que no afectan a nadie —el papá recibe una cachetada de parte de la dependienta cuando llega a la farmacia pidiendo *mamaderas*, en lugar de *tetinas*—, pero también dan paso a episodios desagradables, como cuando los cobradores amenazan a Mary-claro y a la mamá del narrador: “Jodidos *wogs* —dijo—. Venís aquí a joderlo todo y no sabéis, joder, cómo potaros. ¿Por qué, joder, no os vais a joder al jodido Woguistán? A joder vuestros jodidos culos de *wog* [...]” (Rushdie, 164). Este episodio a mi manera de ver es crucial en la narración, porque es el momento en el que cada personaje tiene que decidir si se queda o si buscará regresar a los orígenes.

De esta forma se cierra el ciclo que va de la identidad tradicional a la identidad colonial y que desemboca en la compleja situación de las identidades en proceso de hibridación.

6. CONCLUSIONES PARA UN TEMA EN CONSTANTE CONSTRUCCIÓN

Se dice que los restos de Hernán Cortés se encuentran enterrados en la Ciudad de México. Se dice que su última voluntad fue que lo regresaran a la ciudad que había conquistado y que concebía como parte de él. Se dice que existen todavía en Europa descendientes de la Malinche: ahora viven en España y algunos de ellos todavía ostentan títulos nobiliarios. Se dice que los restos de Cristóbal Colón se encuentran enterrados en América, y otros dicen que se encuentran en España.

Los manifiestos independentistas emitidos por algunos insurgentes criollos durante las luchas de emancipación de la Nueva España anunciaban que era tiempo de liberarse de la mano opresora de España y reinstaurar la dignidad del reino mexicana. Fray Servando Teresa de Mier afirmó que la tilma de Juan Diego era en realidad la capa de Santo Tomás Apóstol. Maximiliano de Ausburgo afirmó ser mexicano y disfrutaba que lo consideraran mexicano. Juárez decía ser mexicano, pero se pronunció a favor de una educación positivista que ayudara a los mexicanos a salir del primitivismo en el que se encontraban sumidos.

Basados en ideas de progreso positivista, bajo un discurso civilizatorio fundamentado en el pensamiento moderno occidental, hemos visto pasar dictaduras y gobiernos que han intentado ir contra la corriente de la multiculturalidad y de lo que llamaría Bajtín “plurilingüismo”; y en nombre del progreso desarraigaron pueblos completos, cometieron genocidios y trataron de imponer una perspectiva única de la historia y la identidad. El discurso unívoco y el uso de la fuerza fueron los instrumentos del poder.

Nuestra historia se encuentra llena de contradicciones. Por ella podemos adquirir algunas pistas de cuál ha sido nuestro recorrido en el largo e interminable proceso de construcción de la identidad. Por medio de la literatura, del arte, podemos también tratar de comprender los cambios que han estado presentes en los cambiantes contextos sociales, culturales y cognoscitivos por los que hemos pasado, y de esta manera comprender nuestro presente, nuestro proceso actual. Existen olvidos, voces que no fueron escuchadas y de las que sólo quedan algunos ecos. Existen recuerdos que se niegan a desaparecer y se han transformado en monstruos que exigen sacrificios, venganzas, pero también recuerdos que nos indican cuáles han sido los tropiezos que hemos tenido y que demandan ser tomados en cuenta para no reincidir.

La postmodernidad es un estado del espíritu que nos puede ayudar a desmontar lo que ha sido el pensamiento y las interpretaciones que le hemos dado a nuestras historias. Por medio de sus presupuestos generales –negación de las grandes narraciones, parodización, desconfianza de las verdades inmutables, la aceptación de las sociedades múltiples y complejas, etc.– podemos iniciar una nueva forma de comprensión de las identidades que conduzca a la generación de proyectos de sociedades viables que tiendan a la aceptación e inclusión de las diferencias, de comprensión, creación y difusión de los productos culturales, de estructuras de poder y de sistemas de circulación de los bienes que tiendan a la equidad.

Es necesario reflexionar, observar, recordar y perdonar lo que hemos sido y reconocernos en las diferencias con el Otro. La expresión simbólica del arte es uno de los puentes que nos puede permitir acceder por la vía de la interpretación al sentimiento y al pensar del Otro, pero además puede ser una vía de autoidentificación, de reflexión, autocrítica y cambio. Creo que este es el gran valor de las obras literarias postmodernas: existe la pretensión de que la obra artística no sea sólo un divertimento, sino ser una reflexión crítica de lo que ha sido nuestra travesía epistemológica, traer de vuelta la memoria que ha sido silenciada, las historias que no han sido contadas.

En resumen, la obra de arte postmoderna pretende ser una síntesis de pensamiento y sentimiento, que tenga la capacidad de no quedar encerrada en una sola interpretación, sino que pueda resignificarse no importando los contextos bajo los cuales se lea, se escuche o se observe.

Algunos han interpretado a la postmodernidad como una moda, como un movimiento nihilista. No lo creo así. Me parece que hoy por hoy la postmodernidad nos ha mostrado que no es posible seguir concibiendo al mundo como una estructura centralizada, narcisista, tendiente a un progreso jerarquizado y selectivo, sino la necesidad de replantear nuestras concepciones de lo que es el mundo, la verdad, la cultura y la identidad e ir construyendo lo que podríamos llegar a ser.

EPÍLOGO

El mundo en el que vivimos nos exige tratar de tender puentes entre diferentes formas de pensamiento, distintas maneras de expresión y provenientes de otras geografías, con el fin de estar mejor preparados para enfrentar los tiempos en los que nos ha tocado vivir. Creo que, si bien es cierto que a lo largo del ensayo no se mencionan palabras que podrían esperarse como propias de un católico creyente, puedo afirmar que a lo largo de lo escrito existe una profunda preocupación por el Otro y una constante búsqueda del Dios que es Amor. También, a lo largo del proceso de escritura de este cuaderno estuvo presente la preocupación con respecto a los rumbos que han tomado diversas formas del discurso religioso y político, en la que Dios aparece como patrimonio exclusivo de cristianos o musulmanes, de los poderosos o de los desposeídos.

Me parece que es en estos tiempos en que las identidades han entrado en un proceso de cuestionamiento, cuando más importante se vuelve la necesidad del diálogo entre los diferentes seres humanos y las varias corrientes de pensamiento y expresión. Nuestras identidades están cambiando y seguirán haciéndolo. No podemos negar la existencia de un pasado y tampoco podemos refugiarnos en una identidad colocada en el éter geográfico y cronológico; somos seres concretos, llamados a aprender de lo acontecido, a mirarnos en el espejo del tiempo para reconocernos y preparar la llegada de un futuro esperanzador.

BIBLIOGRAFÍA

- De Toro, Fernando. "From Where We Speak". *Borders and Margins*. Fernando de Toro- Alfonso de Toro, Eds. Frankfurt am Main- Madrid: Vervuert- Iberoamericana, 1995.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 2003
- Hall, Stuart. "Who Needs Identity?" *Questions of cultural identity*. London: Sage Publications Ltd, 1996
- Real Academia Española. "Identidad". *Diccionario de la Lengua Española*. 22ª. Ed. Madrid: Espasa Calpe, 2001
- Rushdie, Salman. *Oriente, Occidente*. Miguel Sáenz, Trad. México: Plaza & Janés, 1997
- Said, Edward. *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama, 2004
- Urdanibia, Iñaki. "Lo narrativo en la postmodernidad". *En torno a la postmodernidad*. Gianni Vattimo, Coord. Barcelona: Anthropos, 2003

Títulos de la colección:

1. José María Mardones,
¿Hacia dónde va la religión? Postmodernidad y postsecularización
2. Gerardo Anaya Duarte, SJ,
Religión y ciencia: ¿Todavía en conflicto?
3. Mauricio Beuchot Puente, OP,
Los derechos humanos y su fundamentación filosófica
4. José Rafael de Regil Vélez,
*Sin Dios y sin el hombre. Aproximación
a la indiferencia religiosa*
5. José Francisco Gómez Hinojosa,
*La dimensión social de la religión.
Notas para su recuperación en México*
6. Antonio Blanch, SJ,
Lo estético y lo religioso: cotejo de experiencias y expresiones
7. Eduardo López Azpitarte, SJ,
*La ética cristiana: ¿fe o razón?
Discusiones en torno a su fundamento*
8. Juan Plazaola Artola, SJ,
Estética y vida cristiana
9. Miguel Ángel Sánchez Carrión,
*La nueva era. ¿Sacralización de lo profano o profanación de
lo sagrado?*
10. Fernando Menéndez González,
*En la Grieta de la Roca
Problemas éticos contemporáneos en
la gestión de las organizaciones*

11. José María Mardones,
Nueva Espiritualidad. Sociedad Moderna y Cristianismo
12. Benito Balam,
Hacia una Conciencia Pluricultural de la Ética
13. Eduardo López Azpitarte, SJ
Hacia un Nuevo Rostro de la Moral Cristiana
14. Cristianisme i Justícia,
El Tercer Milenio como Desafío para la Iglesia
15. Sergio Inestrosa,
La religión como mediadora del sentido de la vida
16. Gonzalo Balderas, OP,
Filosofía y religión. Una hermenéutica desde la crisis de la racionalidad moderna
17. David Fernández Dávalos, SJ,
Educación y Derechos Humanos
18. Fernando Fernández Font, SJ,
Persona y realidad. Notas sobre la antropología de Zubiri
19. Andrés Bucio-Galindo,
Desarrollo sostenible en cuatro pasos
20. Benjamín Forcano,
Liberación contra represión sexual. Planteamientos actuales
21. Martín López Calva,
*Ambientes, presencias y encuentros
Educación humanista ignaciana para el cambio de época*
22. Ignacio Núñez de Castro, SJ,
Teilhard de Chardin: El hombre de Ciencia y el hombre de Fe
23. Gabriel Anaya Duarte, SJ,
Cristianismo y mundo actual

Cultura e identidad. Una aproximación a través de la novela Oriente, Occidente de Salman Rushdie de Tarik Torres Mojica, se terminó de imprimir en junio de 2007 en Siena Editores, Calle Jade 4305, colonia Villa Posadas, Puebla, Pue. En su composición tipográfica se utilizaron tipos de la familia Times New Roman de 9, 10, 11 y 12 puntos. La edición consta de 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición.